

El último viaje de Ulises

Madrid



Léndo el pequeño poema *Ulysses*, de Lord Tennyson, en esta dulce tarde de domingo de primavera naciente, cuando, al levantar los ojos de las páginas del libro para digerir sus sentencias, veo cruzar las nubes grises por detrás de los álamos en que aun no ha reventado el plumoncillo de la hoja nueva. Y con el alma toda henchida de confusos anhelos.

El pobre Ulises, ya viejo y ocioso, se consume en su tranquilo hogar. No puede descansar de sus vagabundeos, quiere beber hasta las heces la vida. Recuerda sus pasados viajes. Y piensa que es una parte de todo aquello con que se ha encontrado.

I am a part of all that I have met.

Piensa Ulises que él no es sino una parte de su propia historia. ¿Y somos más los demás?

Deja el oetro y la isla á su hijo Telémaco y dispónese á emprender, con sus viejos compañeros de aventuras, el último viaje. «Venid, amigos — les dice —, no es demasiado tarde para buscar un mundo más nuevo.»

'Tis not too late to seek a newer world.

¡No, nunca es demasiado tarde para buscar un mundo más nuevo!

Hace veinticinco años soñaba yo en no sé cuántas empresas y fabulosos viajes de descubrimiento á las más remotas y escondidas tierras — ó más bien cielos — del espíritu. ¿He cumplido algo de lo que entonces me propuse? ¿Quién lo sabe!... Los propósitos, como las nubes, van cambiando según se deshacen en lluvia, según se resuelven.

Nácome ahora como una nueva juventud y al sentir que mi porvenir se me acorta y amengua un deseo de llenarlo con más cosas. A la edad en que otros creen haber llegado — ¿á dónde? —, me percató de que no he partido aún. ¿O es éste que siente la atracción de nuevos mundos otro que el que se asienta en el viejo mundo descubierto?

Ulises, el de Lord Tennyson, dice á los suyos:

«Empujad y, bien sentados en orden, batid las rumorosas olas, porque mi propósito es navegar allende el ocaso y los baños de todas las estrellas del Poniente hasta que me muera. Acaso los torbellinos nos sumerjan: acaso arribemos á las Islas Afortunadas y veamos al gran Aquiles, á quien conocemos. Aunque perdimos mucho, mucho nos queda, y aunque no somos hoy aquella fuerza que en viejos días movió tierra y cielo, somos lo que somos, un temple igual de heroicos corazones, debilitado por el tiempo y el hado, pero de fuerte ánimo para aspirar, buscar, hallar y no ceder.»

To strive, to seek, to find, and not to yield.

Y allá va en su último viaje Ulises y, con él, nuestro corazón y la vista de nuestro espíritu.

Espera, Uli-

ses, que vamos á ir contigotambién á donde Lord Tennyson te llevaba, más allá del último ocaso, á donde nunca ya se pone el sol, á donde el orto y el ocaso se abrazan. Y, ¿quién sabe?, tal vez al otro lado del espacio, allá, donde las paralelas todas de este mundo se encuentran en un solo punto, en el punto del infinito. ¡Y basta de matemática!

No, no es á mi edad demasiado tarde para buscar un mundo más nuevo, un mundo renovado, y he de aspirar, buscar, hallar y no ceder. Con-

O.C. tomo X



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

tigo, Ulises. ¡Aguarda! Jamás me escoció como ahora la comezón de escribir, y de escribir hojas volanderas que el viento se lleva arremolinadas á que se pudran al pie de un arbolito cualquiera y le formen mantillo; jamás sentí tan en lo vivo la punzada de que me va á faltar tiempo para decir todo lo que se me podría dentro. ¿Decir? Más bien repetir las mismas cosas. Pero es por si no las habéis oído bien, por si no os habéis enterado del todo de ellas.

Me he embarcado en mi último viaje espiritual, á más allá del ocaso. Y esta obra es más pura que mi obra de hace veinticinco años, porque de estas semillas que ahora siembro sé que no he de ver ni asomar los tiernos tallos de la planta que los da y que de ellas sale.

No, no es demasiado tarde para buscar una España más nueva: la que no veremos nosotros, los que hemos corrido tantos temporales por esta España tormentosa que nos ha hecho lo que somos. Somos una parte de todo aquello con que convivimos.

Yo, el que esto os dice, uno de esos á quienes han etiquetado en la que llaman la generación del 98, nací realmente á la vida histórica, abrí mis ojos á la historia de mi patria, recibí la comunión civil siendo un niño de ojos clavados en el alba, el día 2 de Mayo de 1874, cuando ante mis ojos de entonces desfilaron las tropas que entraban en mi villa natal, en Bilbao, á librarla del asedio y bombardeo que dentro de ella sufrimos. Y luego me he dicho siempre con orgullo: «estuve allí, ¡sentí reventar sobre mi cabeza las bombas de la guerra civil!» Y ahora, cuarenta y cuatro años después — ¡cuarenta y cuatro, Dios mío! —, me dispongo á emprender un nuevo viaje — ¿será el último? — en busca de una España más nueva.

¿Encontraremos á Aquiles, ó al Cid, en las Islas Afortunadas? ¿Encontraremos á Don Quijote en el Reino de la Quimera ó á Sancho Panza en la Insula Barataria? ¡No importa! ¡Vela al viento!

Aun no ha empezado nuestra obra; nuestra obra no empieza nunca, porque siempre es otra nueva. Nada de lo hecho vale si no como materiales de la que nos queda por hacer. El eterno ocaso es una eterna aurora.

¿Será la vida que se me va y, al írseme, se me recoge?

Hay que rellenar el tiempo, hay que tupirlo, hay que multiplicar las horas. Es menester decir algo á cada momento que pasa y sembrar gota á gota nuestro espíritu — que es parte de todo aquello con que hemos convivido — en cada surco del sendero. ¿A qué responde, si no, esta especie de concupiscencia de productividad? ¿Por qué me saltan en las entrañas de la imaginación tantos embriones que buscan forma y luz y vida?

¡Es el último viaje! ¡Es el viaje que no acaba! Es el viaje al ocaso eterno.

¡Id, pues, hojas dispersas — como ésta que aquí os entrego — y que el viento de Dios os lleve á donde quiera! ¡Quién sabe si iréis á un tronco pelado y en él formaréis follaje que cante á las brisas de la eterna primavera! ¡Quién sabe qué tierna planta abrigaréis hechas mantillo! ¡Y quién sabe si se os deberá en par-

te esa España más nueva, que nunca es demasiado tarde para ir á buscarla! ¡Si la prodigalidad es señal de juventud, ánimo, Miguel, que aun eres joven!

Pero, ¡ay!, soñaba el ciego que veía... ¿Mas es que quien sueña ver no ve acaso? ¿Es la visión más que un sueño? ¿No es sueño la vida misma? Si pues el ciego llega á soñar que ve, es que ve. Ver un sueño es cuanto se puede ver. ¡Adelante, pues, y proa al infinito! ¡A ver dónde no se pone el sol!

Miguel
de Unamuno

